

Toti Soler, en busca de la música



UN buscador infatigable, que ha rechazado continuamente el camino de la facilidad —desgraciadamente, el más seguido en España— para ir por el más arduo de la experiencia creativa dentro del marco de la creatividad popular; éste es Toti Soler. Su carrera artística comienza al mismo tiempo que el primer "rock" hispánico —con el conjunto Picnic, seguidores de la línea de los Beatles—, que abandonará muy pronto para sentar las bases de esa forma de música, especialmente cultivada por los catalanes, que luego se ha dado en llamar "jazz-rock", pero esto no pasó de ser para él una experiencia más. Su experiencia le lleva, desde hace unos años, por caminos injustamente olvidados por todos los que, de un modo u otro, se ocupan de música "pop": el flamenco y la música del Mediterráneo, nuestra música en más de un sentido. Estas nuevas formas que Toti lleva a la guitarra pueden ser la base de una nueva interpretación de nuestro mundo artístico y emocional. Hace algunas semanas (ver TRIUNFO número 726), ya hablé de su trabajo actual, y de su reflejo en el recital del teatro Barceló de

Madrid. Creo que lo que dije entonces conviene ampliarlo con lo que el propio artista pueda contar de su labor.

—¿Cómo empieza tu vida musical?

—En mi familia se vivía un ambiente totalmente musical: mis padres, mis hermanos y mis abuelos tenían todos una formación musical y tocaban diversos instrumentos. Yo empecé a familiarizarme con la música desde pequeño, hasta que a los quince años, de una manera completamente natural, dejé el colegio y me puse a estudiar música en serio. Desde entonces he estado tocando en muchos grupos, la mayoría de ellos muy malos.

—¿Puedes citar alguno de ellos?

—Toqué con los Picnic —un conjunto que estaba en la prehistoria del "rock" español— y con otros conjuntos más o menos "rockeros"; más tarde he tocado con Pau Riba, María del Mar Bonet, Pi de la Serra, Ovidi Montllor... con cantantes catalanes, gallegos y aragoneses. En fin, cantidad de gente.

—¿Cómo empezaste a hacer una, digamos, obra propia?

—Bueno, antes de que me em-

pezase a interesar todo esto de la cultura mediterránea pasé por una época de "jazz-rock", muy influenciado por Miles Davies. Formé el grupo OM, en busca de una forma anárquica de hacer música. Me sucede muchas veces que al hablar de esto me doy cuenta de que la gente no entiende lo mismo que yo por una forma anárquica de tocar. Yo pretendía que hubiese una absoluta libertad por parte de cada músico, pero que cada uno tuviese conocimientos y capacidad suficiente para utilizar esa libertad; entonces era muy difícil encontrar músicos así y, claro, el grupo resultaba una locura: el bajo era un abogado, un músico excelente, y el baterista, aunque no tan bueno, entendía bastante la idea general. También a veces se nos unían otros músicos, mi hermano entre ellos, pero no podían aguantar mucho nuestro apremio, nuestro sistema sin sistema. Claro, yo me resistía a someterme a cualquier tipo de disciplina; era algo juvenil, de lo que ahora estoy muy lejos.

—¿Por qué alguien que, como tú, empieza su camino musical en la música clásica empieza a interesarse por el "rock"?

—Yo había escuchado mucho a los clásicos, pero los había interpretado poco. Lo primero que empezó a interesarme de verdad fue el "jazz". Más tarde empecé a escuchar conjuntos de "rock", pero lo que me interesaba a los doce o trece años eran Duke Ellington, Armstrong y cosas así. Luego, ya a los quince o dieciséis, empezaron a gustarme mucho los Rolling Stones y el "folk" americano, que influyó mucho en algunas de mis composiciones cantadas. A los dieciocho años, tras mi experiencia con Picnic, me fui a los Estados Unidos. Poco tiempo, pero el suficiente para conocer una realidad musical distinta. Al volver, pasé por mi etapa de "jazz-rock" y a acompañar a los cantantes catalanes.

—¿Cómo fue tu descubrimiento del flamenco?

—A los veintitrés años, sin tener idea de guitarra flamenca, me fui a Andalucía. Allí me encontré con una gente que me enseñó una serie de cosas elementales, y me encarré varios días en una habitación de la que no salí hasta no aprender las bases de las soleares y bulerías. Esto fue una animalada mía, pero funcionó porque a los tres o cuatro

días podía tocar, aunque muy mal, las bases de lo más elemental. A partir de ahí se me empezaron a abrir las puertas de la percepción de una realidad flamenca.

—Te fue difícil entrar en contacto con esa realidad?

—Fue difícil para mí, como para todo el mundo. El flamenco está rodeado por una barrera natural invisible, y si no se la traspasa no se entiende nada. Es una música muy profunda, no es fácil. En nuestra sociedad se queda la gente con lo superficial, con la televisión. Hay que tener una sensibilidad algo educada para entender el flamenco. Luego está también el poco caso que se le hace en los medios de comunicación; creo que aquí, en España, tenemos uno de los roles musicales más importantes del mundo, que es el flamenco, y que las revistas —tanto las especializadas en música como las otras— no hablan para nada de ello, y se dedican a otras actividades musicales mucho menos importantes.

—¿De qué te ha servido tu experiencia flamenca?

—Para mí ha sido un puente hacia una nueva comprensión musical y total. A través de ella he entendido la música mediterránea y también la oriental. La música oriental y la flamenca tienen la misma relación que sus gentes: en la India y en los países árabes puedes ver tipos completamente flamencos, con las mismas caras y también con la misma forma de expresar sus sentimientos. Hay, incluso, parecidos estilísticos: las ragas indias se basan en esquemas relativamente simples, y siempre los mismos, sobre los que luego el músico improvisa, reinterpretando el tema cada vez. También, como el flamenco, tienen su momento de ser tocadas: hay ragas de la mañana y de la tarde, y todo el mundo sabe que unas soleares o unas bulerías han de ser tocadas en su momento justo.

—Has hablado de música mediterránea. Este es un término que se emplea ahora mucho. ¿Qué es lo que entiendes por esto?

—Pues evidentemente, la música que se hace en el Mediterráneo: la egipcia, la italiana, la mallorquina... hay unos ritmos y unas armonías comunes, y puedes encontrar las mismas estructuras rítmicas en la Francia meridional o en Egipto. A esta música he llegado casi por casualidad, por curiosidad, escuchando discos de los que en principio no sabía nada en absoluto. Como tú apuntabas, el término se emplea ahora con exceso: hay mucha gente que lo usa para designar con él una música que tiene mucha influencia anglosajona.

—La música de consumo que se hace en este país, y que podríamos considerar como la que tiene mayor aceptación popular viene siendo, desde el final de la guerra, como una forma bastarda y distorsionada del flamenco, ¿por qué?



"La música es un reflejo de lo que vivimos, de nuestro mundo".

—Creo que está clarísimo, ¿no? A los señores que mandan les interesa promocionar una música que no ayude a pensar ni a conocer, que es para lo que podría servirnos el flamenco. Entonces lo cambian, lo destruyen y nos dan un producto pervertido, que te hace quedarte en la superficie de las cosas.

"Por otra parte, también sufrimos aquí la influencia de un "rock" igualmente bastardo y manipulado, que es un reflejo cultural de la influencia colonial de los Estados Unidos sobre nosotros. Es también una música que podría ser revolucionaria, pero que nos la lanzan convenientemente manejada para que nos quedemos contentos, nos callemos y no busquemos nada más... Cuando te hablo de hacer

una música nuestra, lo que pido es que tratemos de encontrarnos, sin dejarnos manipular de esta manera tan brutal. Yo admito la influencia del "rock" del mismo modo que admito la de Beethoven, pero tenemos también que enterarnos de quiénes somos, de cómo funcionamos, porque si no es dejarse lavar el cerebro, y da igual que estemos escuchando el disco del mejor conjunto de "rock" que comprando cualquier chorrada en una "boutique" de regalos; ya no se hace ningún tipo de revolución musical.

—¿Puede entonces el flamenco darnos las bases de una nueva música "pop"?

—No sé qué contestarte. El flamenco es música de un pueblo y de una gente determinados. Como



"Un cambio de situación política ayudaría a la música, porque podría contribuir al desarrollo de los hombres y de su sensibilidad".

te he dicho, a mí me ha ayudado mucho en mi trabajo, pero esto no quiere decir que sea la base de nada. Podemos aprender de él, como de los americanos o de los chinos, pero lo que no podemos hacer es copiar los productos de ninguna cultura. Desde luego, es la música más importante de este país... No sé.

—¿Qué opinión te merece la canción testimonial?

—La mayoría de lo que se hace en ese terreno, no vale artísticamente nada. Es un pretexto para decir una serie de cosas que también podrían contarse de otro modo. Lo que más interesa en este tipo de canción no es la música, ni la calidad, sino dar la posibilidad de que unos señores se reúnan en un local y tranquilicen su conciencia, sintiéndose unidos en una serie de consignas. La crítica lo admite, porque en estos casos suelen sustituir un juicio valorativo ético al juicio estético. Hay una excepción de calidad, que es Ovidi Montllor. Este es un hombre que no sólo se preocupa del mensaje que transmite, sino también de darle una gran calidad artística e interpretativa.

—¿Por qué crees que se ha producido este tipo de canción, y cuáles son las raíces de su éxito?

—La situación política por la que hemos atravesado, y que atravesamos, es anormal, y crea una respuesta anormal, una simple reacción emocional o política. Un cambio de situación política ayudaría a la música, porque ayudaría al desarrollo de los hombres y de su sensibilidad. Cuando haya mayor libertad de expresión y no resulte tan difícil cantar y contar lo que se quiera, la gente no se dejará llevar ya sólo por sus emociones, e irá exigiendo cada vez más la calidad. Entonces quedarán los verdaderos artistas, los que saben decir las cosas.

—¿Qué es la música para ti?

—La música es descaradamente un reflejo de lo que vivimos, de nuestro mundo. Esto lo ves, por ejemplo, en la música árabe: tocan un cuarto o un octavo de tono, que para nosotros resulta inapreciable o que nos hace pensar que están desafinando. Esto te hace descubrir muchas cosas sobre esa gente, ¿no?

"La música es una experiencia total de la realidad. A través de ella podemos apreciar la esencia de las cosas, del mismo modo que otros lo hacen a través de la poesía. Hacer música, o cualquier otro arte, es una búsqueda constante y despreocupada, aunque esto parezca paradójico. Es como una especie de ascesis en la que tu vida entera está comprometida. El "yo no busco, encuentro" de Picasso no se contradice en absoluto con esta forma de investigación, que sigues incluso mientras duermes o te comes un bocadillo. ■ (Declaraciones recogidas al magnetofón por E. H. I.)